

Trabajo Fin de Grado

Perspectivas acerca del carácter del imperio
ateniense.

Perspectives about the character of the Athenian
empire.

Autor/es

Ignacio Gómez Iribas

Director/es

Laura Sancho Rocher

Resumen. El debatido título “The Character of the Athenian Empire” de G. E. M. de Ste. Croix realizaba un estudio del carácter del imperio ateniense atendiendo a su popularidad entre las clases populares en las distintas poleis. A partir de la lectura de este artículo y otras obras esenciales, se encuentra, tanto en la caracterización del imperio como en la determinación de su popularidad, una excelente oportunidad para mejorar la comprensión del mismo. La metodología empleada supone estudiar la serie de eventos que recorren su extensión para inferir sus características comenzando por la formación de la Liga de Delos que surge de la hegemonía alcanzada por Atenas. En los años siguientes se producirán una serie de sublevaciones que representan el estado cambiante de las relaciones entre los aliados y la potencia, así como la existencia de distintos bandos en las ciudades. Finalmente, durante la guerra del Peloponeso se polarizan las actitudes en torno a la democracia en Atenas, cuya *arché* es designada como tiránica, y la oligarquía de Esparta, que abanderó la libertad de los griegos. En definitiva, después de las guerras médicas, durante el siglo V a. C., se encuentra en el mundo griego una profunda escisión que no cesa de crecer, en el siguiente trabajo se trata de establecer su naturaleza y la manera en que dividió a la ciudadanía en las polis.

Abstract. The debated title "The Character of the Athenian Empire" of G. E. M. of Ste. Croix realized a study of the character of the empire attending to its popularity among the popular classes in the different poleis. From the reading of this article and other essential works, it is found, both in the characterization of the empire and the determination of its popularity, an excellent opportunity to improve the understanding of the period. The methodology used involves studying the series of events that run its length to infer its characteristics starting with the formation of the League of Delos that arises from the hegemony achieved by Athens. In the following years there will be a series of uprisings that represent the changing state of the relations between the allies and the power, as well as the existence of different factions in the cities. Finally, during the Peloponnesian War, the attitudes were divided between the democracy of Athens, whose *arché* is designated as tyrannical, and the oligarchy of Sparta, which represents the freedom of the Greeks, are polarized. In brief, after the Persian Wars, during the fifth century BC, it is found in the Greek world a deep cleavage that continues to grow, the next pages are in establishing its own nature and the way it divided the citizens in the polis.

Índice.

Introducción: objetivos y metodología aplicada.	4
Objetivos.	5
Metodología.	5
I. Localización del texto.	6
La visión de Tucídides.	6
Estado de la cuestión.	8
II. La relación entre Atenas y los aliados.	9
Un punto de partida: la liga de Delos.	10
De la hegemonía a la arché.	12
Nuevas realidades, nuevos conceptos: autonomía.	13
III. Caracterización general de las sublevaciones durante la Pentecontecia.	14
Las causas de las sublevaciones.	14
Descripción de las revueltas.	17
IV. La popularidad del imperio en la guerra del Peloponeso.	22
V. En conclusión.	28
Bibliografía.	31

Introducción: objetivos y metodología aplicada.

La revista *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte* publicaba en su tercer volumen de 1954 el debatido artículo “The Character of the Athenian Empire” del historiador británico G. E. M de Ste. Croix quien se cuestiona si realmente el imperio ateniense actuaba tal y como es reflejado por las fuentes antiguas, en las cuales aparece representado como un despotismo egoísta, detestado por los estados sometidos que eran oprimidos y explotados. De Ste. Croix analiza las razones que justifican las asociaciones tradicionales y emplea el lenguaje marxista para determinar una nueva relación de aquellas características que él atribuye al imperio. En oposición a la «visión tradicional», el autor concluye que el demos en las ciudades se mantuvo leal al imperio hasta el mismo término de la formación.

Su argumentación se fundamenta en la relación existente entre carácter¹ y popularidad², de manera que, si consideramos la crueldad una característica propia del imperio, se entiende en general que sus medidas serían impopulares. Aunque esta sea una asociación simple, lo cierto es que en seguida se encuentran dificultades. En primer lugar, no existe consenso acerca de la caracterización del imperio porque para determinar las cualidades y circunstancias que distinguen al imperio ateniense dependemos tanto de las fuentes como de los criterios interpretativos empleados en su análisis. Por otra parte, en el estudio de su popularidad, no tiene sentido pensar que el imperio fuera igualmente aceptado desde su comienzo en 478 hasta su derrota final en Egospótamos del 405, ni tampoco en toda su extensión. Además, las evidencias del periodo apuntan a la existencia de bandos enfrentados en la mayor parte de las ciudades y se entiende que, en consecuencia, también dividirían sus propios juicios acerca del carácter del imperio.

¹ Carácter. Del lat. *character*, y este del gr. *χαρακτήρ* *charaktér*, der. de *χαράττειν* *charáttein* 'hacer una incisión, marcar': 6. m. Conjunto de cualidades o circunstancias propias de una cosa, de una persona o de una colectividad, que las distingue, por su modo de ser u obrar, de las demás. Real Academia Española. (2001). Carácter. En *Diccionario de la lengua española* (22.^a ed.). Recuperado de <http://dle.rae.es/?id=7OboGAc>.

² Popularidad. f. Aceptación y aplauso que alguien tiene en el pueblo. Real Academia Española. (2001). Popularidad. En *Diccionario de la lengua española* (22.^a ed.). Recuperado de <https://dle.rae.es/srv/search?m=30&w=popularidad>.

Objetivos.

El presente trabajo trata en primer lugar de caracterizar al imperio ateniense y determinar su popularidad con el fin de mejorar la comprensión del periodo, atendiendo tanto a la estructura como a los criterios descriptivos expresados en el artículo escrito por de Ste. Croix³. A este respecto, el historiador Donald W. Brandeen quien respondía y analizaba en “The Popularity of the Athenian Empire” (1960) el controvertido artículo de G. E. M de Ste. Croix se expresaba de la siguiente forma: “La cuestión de la popularidad del imperio ateniense entre sus súbditos es importante, tanto para nuestro entendimiento de la historia del siglo V a.C. como para la confianza, juicio e incluso integridad de Tucídides”.

Metodología.

A partir de la lectura y estudio de algunas de las obras más relevantes acerca del periodo surgen las primeras preguntas acerca del carácter del imperio: qué es y cómo se presenta en las fuentes. Luego, en la síntesis de las fuentes empleadas para acercarse al periodo y su redacción, se tratan de expresar las ideas de manera que sus relaciones se entiendan fácilmente; y, aunque la relación sea menos directa, presentar aquellas otras que también corresponden al periodo, de manera que quede la vía abierta para su futura exploración. Además, en todo momento se intenta reflejar la amplia variedad de enfoques resultado de las épocas y perspectivas propias de cada historiador.

El texto consta de cinco capítulos. En el *Capítulo I* se contextualiza el artículo “The Character of the Athenian Empire” y se pone en relación con la obra de Tucídides. En el *Capítulo II* se atiende a las relaciones entre Atenas y los aliados en los primeros años de la Liga de Delos. En el *Capítulo III* realiza un recorrido de los años centrales de la Pentecontecia, atendiendo sobre todo a la tensión que surge entre Atenas y aquellos bandos en las ciudades que no quieren seguir bajo su dominio. En el *Capítulo IV* se

³ Su estructura se divide en cinco capítulos. El primero (“The alleged Unpopularity of the Empire”) trata de refutar la impopularidad del imperio en las ciudades a partir de una reinterpretación de las revueltas. El segundo capítulo (“«Independent» Allies and «Subject» Allies”) niega la división que establece Tucídides entre los aliados independientes y subyugados. El tercer capítulo (“Democracy and Oligarchy”) establece una división entre la democracia y la oligarquía a partir de la propuesta por Aristóteles en su obra *Política*. El cuarto capítulo (“The political Outlook of Tucídides”) cuestiona la neutralidad de Tucídides. Por último, el quinto capítulo (“Why the Many were friendly to Athens?”) se pregunta por las causas que hacían al demos en las ciudades leal a Atenas.

aborda el periodo que coincide con la guerra del Peloponeso cuando se polarizan las actitudes, bien en defensa del imperio ateniense o en apoyo de Esparta que a él se enfrentaba. Por último, el *Capítulo V* sigue el desarrollo local de la isla de Tasos que lleva a establecer conclusiones acerca de la actuación de las polis durante el periodo en el que se mantuvo vigente el imperio.

I. Localización del texto.

La visión de Tucídides.

Encontramos el origen de la «visión tradicional» del imperio en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* (431- 404) del historiador Tucídides, hijo de Oloro. En el estudio de su obra se descubren aquellas características que el historiador considera propias del imperio, entre las cuales destacan: la transición de la hegemonía a la *arché* (cf. *infra*, p. 11-12); la diferencia entre autónomos y contribuyentes (cf. *infra*, p. 16); y la evolución interna de Atenas, que se produce a partir de la muerte de Pericles en 429, víctima de la epidemia que asoló Atenas en los primeros años de la guerra, cuando las clases más bajas comenzaron a intervenir de manera más activa en el gobierno de la ciudad resultando en un mayor control de los asuntos de estado y ejerciendo un control estricto sobre los oficiales del imperio castigándolos por negligencia e incluso falta de éxito.

De Ste. Croix (1972, p. 31-37) expone en el cuarto capítulo de su artículo (“The political Outlook of Thucydides”) una serie de argumentos que van en contra de la visión de Tucídides. Por ejemplo, cuando pocos años después de su fundación Anfípolis caía en poder de Esparta, el mismo historiador quien, nombrado estratega, no fue capaz de evitar la secesión de la ciudad perdió su cargo. En consecuencia, el historiador permaneció en el exilio entre los años 424 y 404, condición que probablemente le desencantó de la democracia ateniense y resultó en la atribución de la principal culpa en la caída del imperio a los líderes del demos que se hicieron con la dirección del gobierno por aquel entonces. En su obra, los *homines novi* que se hacen con el poder son presentados como «demagogos» que buscaban el apoyo del pueblo con el fin aumentar su popularidad, y así resolver las situaciones políticas en su favor. (de Ste Croix, 1972, 33-36).

Al momento de determinar la perspectiva política de Tucídides, el autor de “The Character of the Athenian Empire” nos advierte que, más allá de las virtudes de su obra, nos encontramos con un miembro moderado de la aristocracia ateniense que apoyó en

411 «la constitución de los Cinco Mil», la cual estableció un régimen entre la democracia radical y la aristocracia más extremista fundamentada en la participación de la clase hoplita en el gobierno, por tanto su juicio no es imparcial. Además, en cuanto a la actividad de los demagogos entiende que se debería reservar el juicio ante la falta de evidencias que corroboren o desmientan a Tucídides. En este sentido, el mismo autor caracteriza al historiador como un patriota orgulloso de los logros de su Atenas natal, pero también entiende que, en el entramado político de las relaciones entre estados, prevalece la fuerza y no la justicia, aunque en ningún caso afirma que la fuerza constituya el estado de derecho. Y, al respecto de la popularidad del imperio, Tucídides siente que la potencia hegemónica ha abusado de su poder lo suficiente como para provocar un odio general y el deseo de los estados de escapar de entre sus filas (de Ste. Croix, 1972, 16-21).

Para concluir con el juicio de su obra es interesante detenerse en discursos que Tucídides pone en boca de los representantes de los estados. Acerca de ellos, el historiador de la guerra del Peloponeso se expresa de la siguiente forma:

En cuanto a los discursos que pronunciaron los de cada bando, bien cuando iban a entrar en guerra bien cuando ya estaban en ella, era difícil recordar la literalidad misma de las palabras pronunciadas, tanto para mí mismo en los casos en los que los había escuchado como para mis comunicantes a partir de otras fuentes. Tal como me parecía que cada orador habría hablado, con las palabras más adecuadas a las circunstancias de cada momento, ciñéndome lo más posible a la idea global de las palabras verdaderamente pronunciadas, en este sentido están redactados los discursos de mi obra. (Th., I 22, 1)

En la práctica, cuando tratamos de obtener de ellos una caracterización general del imperio, encontramos sobre todo el discurso de Pericles pronunciado en los albores de la guerra del Peloponeso (II 63, 2), en el cual se reconoce el ejercicio de una *arché* tirana sobre los aliados que son descritos como súbditos esclavos, lo que en consecuencia exacerba el odio de la mayoría de las gentes que se encuentran siempre dispuestas a rebelarse del dominio ateniense esperando el apoyo de su enemiga Esparta que es proclamada libertadora de Grecia. Si bien, en el debate de Mitilene (III 36-49) Diodoto responde a Cleón en defensa del pueblo mitileno de la siguiente forma: «Actualmente el pueblo os es favorable en todas las ciudades, y o no participa en las rebeliones de los aristócratas o, si se ve forzado a ello, al punto se convierte en enemigo

de los rebeldes, y vosotros entráis en guerra contando con la alianza de las masas populares de la ciudad que se os ha enfrentado» (III 47, 2). Al encontrarse el historiador en Atenas en el momento en que estos discursos fueron pronunciados debemos creer que de verdad están reproduciendo lo que se dijo frente al demos en sus discursos, o bien Tucídides nos está engañando. Brandeen (1960, p. 262) concluye a favor del historiador, afirmando que “la impopularidad del imperio era reconocida públicamente por los oradores y el demos”. En cambio, de Ste. Croix (1972, p. 2), aunque admite la ambivalencia de la obra de Tucídides expresada en sus discursos, en su argumentación selecciona aquellos motivos⁴ que le sirven para demostrar que el historiador de la guerra del Peloponeso no los reflejó con franqueza, sino tal como le “parecía que cada orador habría hablado” siendo influido por su propia idiosincrasia.

La cuestión termina en palabras de Hornblower (1987): “Si Tucídides reflejó lo que se había dicho, inventó los discursos o los arregló, los sentimientos contenidos en esos discursos nunca pueden ser usados como prueba de sus propias opiniones. Tampoco una identificación acertada de influencias intelectuales en sus oradores nos indica que él las aprobara, sino simplemente que estaba dispuesto a dar curso a la idea, al uso o a la actitud en cuestión”⁵.

Estado de la cuestión.

La evaluación de la historiografía contemporánea se encuentra estrechamente relacionada con las perspectivas colonialistas que se extienden durante los siglos XVIII, XIX y principios del XX. Peter Liddel (2009) en su estudio de la historiografía del

⁴ “La habilidad tucidéa para la relación y repetición de palabras y motivos o *topoi*, que serían una guía para el lector, en sus paralelismos de esquemas, situaciones y personajes” (Calonge, 1990).

⁵ S. HORNBLOWER, *Thucydides*, Baltimore, 1987, pág. 72. Citado por Calonge (1990): “Lo que no admitimos es que se puedan configurar las ideas propias y la personalidad cultural de nuestro autor basándose en expresiones extraídas de los discursos, ni siquiera en una sola idea por muy repetida que se encuentre en ellos. No es posible aportar una razón científica en que pudiera apoyarse la utilización de los conceptos contenidos en los discursos para considerarlos como ideas propias del autor, atribución que desafortunadamente ha sido utilizada con tanta frecuencia. Además, es evidente que en los discursos unos oradores expresan ideas que se oponen a las de otros y no podemos atribuir a Tucídides aquellas que en cada ocasión nosotros preferiríamos asignarle”

periodo⁶ encuentra tan importante para la formulación de nuevas perspectivas la reinterpretación de las fuentes como el descubrimiento nueva evidencia. El historiador estudia el pasado desde el presente y, en los últimos siglos, la apología liberal del colonialismo, la emergencia de la democracia, el auge de los nacionalismos y el imperialismo americano han venido condicionando el acercamiento a los principales temas de estudio sobre el periodo como los orígenes, la popularidad, el balance de los beneficios y desventajas, los instrumentos de control, las bases económicas, el lugar que ocupaba la religión, la noción de crisis, e incluso su misma definición como imperio.

De esta manera, la «visión tradicional» que rechaza de Ste. Croix en su artículo ya había sido discutida por el utilitarista británico G. Grote en el siglo XIX. En su argumentación, inspirada por la emergencia de la democracia como una forma aceptable de gobierno, las revueltas y el resentimiento en las ciudades se muestran más características del imperio que la crueldad y opresión por parte de la democracia ateniense. En general, la actitud de los aliados es de «indiferencia y aquiescencia» y las revueltas estaban mayormente inspiradas por los oligarcas infelices con los regímenes democráticos impuestos en sus ciudades, mientras el demos se disponía a favor del imperio dadas las ventajas que ellos encontraban en el dominio de Atenas (Liddel, 2009, p. 19).

En definitiva, el citado artículo de Ste. Croix hace su aparición a mediados del siglo pasado renovando el estado de la cuestión acerca de la popularidad del imperio cuando hasta entonces la «visión tradicional» había prevalecido. Así pues, una vez puesto en contexto se pasan a estudiar las características del imperio.

II. La relación entre Atenas y los aliados.

En las relaciones entre Atenas y los aliados de la Liga de Delos se encuentran aquellas características propias de la formación que deviene en *arché* en los años siguientes. De esta manera, la aparición de nuevas realidades favorece la acuñación de nuevos conceptos como la *autonomia* cuya comprensión resulta fundamental en el estudio propuesto.

⁶ Liddel, P. (2009), "European Colonilist Perspectives on Athenian Power: Before and After the Epigraphic Explosion", en J. Ma, & N. P. Papazarkadas, *Interpreting the Atenian Empire* (págs. 13-42), Londres: Bristol Classical Press.

Un punto de partida: la liga de Delos.

La medida de los triunfos de Atenas durante las guerras médicas, primero en Maratón, luego en Salamina, en estrecha relación con la potencia de su armada conforman las bases de la hegemonía que la ciudad entonces alcanza.

Después de esto, ganando ya confianza en sí misma la ciudad y teniendo muchas riquezas acumuladas, (Aristides) les aconsejó que se hicieran con la hegemonía y que bajando de los campos habitasen en la ciudad; pues todos tendrían alimento, unos al servicio del ejército, otros de guardia en las fortificaciones, otros ocupados en los asuntos de la comunidad, y de esta manera asegurarían la hegemonía. (Arist., *Ath. Pol.* 24, 1)

Más adelante, la reticencia de Esparta a continuar la guerra frente a Persia en Asia impulsó la formación de una *symmaquia* naval establecida de manera independiente en Delos⁷, donde se celebraba en periodo arcaico un festival compartido por las islas, Atenas y Jonia, lo que reproduce en esencia el espíritu de la nueva asociación.

Aristides “el Justo” debió de negociar con los aliados durante la ausencia de Pausanias, líder de la Liga Panhelénica, convocándolos en verano del 477⁸, momento en el que se inaugura la Liga Delo-Ática con el motivo declarado de proseguir la guerra contra los persas. La alianza se funda sobre unas bases de igualdad concebida en términos de participación militar, lo que expresa la voluntad de los aliados de participar en función de sus posibilidades tomando los mismos riesgos que Atenas, la cual encabezaba la formación.

Una vez que los atenienses hubieron recibido la hegemonía de este modo, por la voluntad de los aliados a causa del odio hacia Pausanias, determinaron qué ciudades debían aportar dinero para la guerra contra el bárbaro y cuáles debían contribuir con naves; el motivo declarado (*próschema*) era devastar el territorio del Rey para vengarse de los daños que habían sufrido. Entonces los atenienses instituyeron la nueva magistratura de los helenotamías (*hellenotamiai*) que recaudaban el tributo (*phoros*), nombre que se dio a la contribución en dinero. El primer

⁷ Delos servía como lugar de reunión de la asamblea de los aliados, la cual bien podía coincidir con la festividad del Apolo Delio celebrada poco tiempo después de la apertura del periodo estival, idóneo para la navegación (Meiggs, 1972, p. 47-48).

⁸ Alternativamente, en Plutarco “Aristides fue llamado a examinar la tierra y los ingresos de las ciudades y determinar lo que cada uno podría y debería pagar” lo que alargaría el periodo de formación de la Liga (Meiggs, 1972, p. 58-59).

tributo que se fijó fue de cuatrocientos sesenta talentos; el tesoro público estaba en Delos, y las asambleas se celebraban en el santuario. (Th., I 96)

En el ejercicio de sus funciones, Atenas se encargaba de la asignación de la contribución anual para cada ciudad aliada, bien en naves o dinero, y del nombramiento de los *helenotamías* que eran los magistrados nombrados por Atenas que se encargaban de la administración en el cobro del tributo. Por otra parte, las decisiones que concernían a la Liga se tomaban en Delos donde cada estado miembro mantenía igual voto, más allá de la influencia que pudieran ejercer unos sobre otros (Meiggs, 1972, p. 460-462). No sabemos con exactitud si las disposiciones adoptadas necesitaban ser ratificadas por la Boulé y la Asamblea ateniense, aunque la ausencia de una argumentación en ese sentido en el discurso de Mitilene en 428 va en contra de este presupuesto⁹. En estas reuniones los aliados probablemente deliberaban acerca de la campaña que estaba por realizarse, así como los helenotamías podían presentar un reporte financiero (Meiggs, 1972, p. 48).

Raaflaub (2009) en su análisis de los instrumentos del imperio¹⁰ destaca la importancia de que desde el principio se estableciera la contribución anual del *phoros*, ya que, más allá del compromiso de proseguir la guerra contra los persas, se expresa la voluntad de hacerlo de manera continuada, año a año. El mismo autor evidencia la similitud con el modo de tributación persa, que incluso pudo mantenerse sin cambios durante algún tiempo en Jonia respecto al establecido por el sátrapa Artafernes cuando gobernaba años antes sobre esta misma región. El tributo no quedó determinado a partir de un porcentaje fijo de los ingresos del estado, en cambio todo parece indicar que se estableció para cada ciudad de manera independiente, atendiendo a la producción agrícola y ganadera, también a la pesca, las explotaciones mineras, y los ingresos fiscales, sin corresponder en ningún caso a una medida punitiva, además existía la posibilidad de apelar a Atenas para su reajuste (Moreno, 2009, p. 211).

En conclusión, la hegemonía de Atenas se estableció sobre una base de igualdad en las relaciones entre los estados miembros de la Liga, además, en la asignación del

⁹ Donde los mitileneos buscaban el apoyo de los peloponesios en su defección de la Liga de Delos (Th., III 9-14)

¹⁰ Raafalau, K. (2009). Learning from the enemy. En J. Ma, & N. P. Papazarkdas, *Interpreting the Atenian Empire* (págs. 89-124). Londres: Bristol Classical Press.

tributo que en principio debía sufragar el mantenimiento de la armada y los costes de la guerra, se encuentra un primer elemento característico, ajeno a otras formaciones griegas como la Liga Helénica o la Confederación Beocia.

De la hegemonía a la arché.

En la *Historia de la Guerra del Peloponeso*, Tucídides distingue entre la *hegemonia* como un estadio anterior de la *arché* ateniense donde Atenas muestra su “aplastante *dynamis* o poder” sobre aquellos estados de los cuales “podría decirse que están esclavizados” (Morris, 2009, p. 18). La transición en Tucídides es gradual y de larga duración¹¹, y coincide con el engrandecimiento de Atenas. El concepto de la ἀρχή (*arché*) ateniense, tal y como nos lo presenta Morris (2009) en *The Athenian Empire (478-404 BC)* (2005) tiene distintos significados en las fuentes: literalmente se traduce como gobierno o mando, aunque también aparece como hegemonía o imperio.

Atenas amplía progresivamente el horizonte de su *arché* a través de la utilización de una serie de herramientas de control sobre los aliados (Meiggs, 1972), siendo la primera el establecimiento de la contribución en naves o dinero y, además: la asignación de guarniciones en las ciudades y lugares estratégicos; el establecimiento de asentamientos (*emporía*), colonias y cleruquías¹²; el nombramiento de oficiales (*archontes*), agentes (*episkopoi*) y diplomáticos (*proxenos*); la imposición de una jurisdicción imperial, así como la extensión a la Liga de las decisiones tomadas por la Asamblea de Atenas; la obligación de participar en la religiosidad del Ática; y, por último, la intervención en el gobierno de las ciudades, en teoría mediante el establecimiento de democracias.

¹¹ Una visión alternativa la encontramos en *Athens from Cleisthenes to Pericles* (1991) de C. Fornara y L. Samons quienes a partir de la serie de eventos Naxos-Eurimedonte-Tasos optan por una abrupta transición de la «liga» al «imperio» a partir de la victoria lograda en Panfilia que actúa como pivote entre las defecciones de Naxos y Tasos y permite liberar al Egeo de la amenaza persa facilitando la concentración de recursos para la reducción de Grecia. A partir de estos mismos hechos, incluso Meiggs (1972) reconoce que a la represión de Tasos se aceleraron los cambios en Esparta, Atenas y la Liga, y, en consecuencia, esta última “ya había avanzado una considerable distancia en el camino al imperio”. Pero, es difícil resolver cuando se produjo exactamente el cambio ya que las principales evidencias de la *arché* provienen casi exclusivamente de inscripciones y estas desaparecen para los primeros veinte años de la Liga.

¹² Las cleruquías son tierras arrebatadas a los enemigos vencidos en las cuales se instalaban ciudadanos atenienses.

Nuevas realidades, nuevos conceptos: autonomía.

Inicialmente los atenienses ejercían su hegemonía sobre aliados autónomos y que deliberaban con ellos en las asambleas generales... (Th., I 97, 1)

En 1982 se publicó *Autonomia: It's Genesis and Early History* de M. Ostwald quien en su introducción nos presenta: “la *autonomía* es uno de los conceptos clave para el entendimiento de las relaciones entre Atenas y sus aliados en la Liga de Delos”, lo que otorga el marco de su origen. Su tesis continuaba el trabajo E. J. Bickerman¹³ en *Autonomia. Sur un passage de Thucydide (I, 144, 2)* (1958) en el cual el mismo término representa la condición de los estados sometidos a una potencia que se hayan “viviendo bajo la sombra, pero resistiendo la subyugación total”¹⁴.

En general, un estado autónomo “es libre de determinar las normas por las que quiere vivir”. Una potencia no tiene la necesidad de definirse como autónoma, más bien se trata de un estatus concedido que se establece en el momento mismo de la rendición, en petición de la comunidad sometida o como recompensa por los servicios prestados. Además, en el desarrollo de las relaciones entre estados el grado de autonomía puede variar, incluso su condición puede ser revocada (Ma, 2009). Si el derribo de las murallas y la entrega de la flota aparecen continuamente como motivo de una rendición, su mantenimiento es un signo inequívoco de *autonomia* y el pago del tributo no implica obligatoriamente su propia pérdida, a no ser que sea exigido con violencia (βία). En general, se relaciona con estar preparado para la guerra, aunque Ostwald no encuentra criterios específicos para determinar “dónde acababa la *autonomia* y comenzaba la arché”. De Ste. Croix (1954, p. 18-21) niega que el término estableciese una distinción *de facto* entre los aliados de la Liga, incluso cuestiona su formulación teórica en periodo clásico, caracterizándolo como un eslogan vacío. Lo cierto es que el término apenas se muestra en contextos legislativos y judiciales y es más bien utilizado como un argumento retórico por lo menos hasta el comienzo de la guerra del Peloponeso, aparece en la defección de Mitilene y en las campañas del rey espartano Brasidas en la región Tracia, y aún será tomado más en serio en el último cuarto del siglo.

¹³ En cambio, Bickerman sitúa el origen del término *autonomia* en la relación establecida entre los estados griegos sometidos y los medos en el siglo VI a.C.

¹⁴ Rhodes, P. (1984). *Phoenix*, 38(2), 179-183. doi:10.2307/1088903, p. 179.

Nuevas realidades definen nuevos conceptos y la αὐτονομία¹⁵ nace de la necesidad de dar nombre a las relaciones establecidas entre los estados sometidos a la *arché* de Atenas, acabando por definir su propia naturaleza frente a la *eleuthería* abanderada por los lacedemonios según la propaganda espartana.

III. Caracterización general de las sublevaciones durante la Pentecontecia.

En el estudio de las revueltas se evidencian diferentes causas, entre ellas la pérdida de autonomía, y estas se relacionan con la transición de la hegemonía de Atenas al imperio. A partir de ellas es posible estudiar la comunicación que se establece entre la potencia dominante y las ciudades sublevadas, mientras en la represión de las mismas se refuerzan los mecanismos de control que garantizan su sumisión.

Las causas de las sublevaciones.

Las primeras defecciones en el imperio se produjeron en las islas de Naxos (466/5) y Tasos (465-463), y fueron revertidas según la voluntad de Atenas. En general, la forma en que la potencia actuaba en estos casos sigue las líneas expresadas por John Ma (2009) en “Empire, Statuses and Realities”¹⁶ quien considera que el fundamento del poder de los estados en la Antigüedad se sustentaba en el acto de «rendir y garantizar». A la rendición de las ciudades el estado ateniense imponía condiciones ya sea bajo derecho de conquista o como represalia por producirse una revuelta, la primera concesión que se establece es la de la propia comunidad vencida, a seguir existiendo. En algunos casos, mediante la negociación entre el gobierno y los actores locales, se define la *autonomia* de la polis, la cual supone de nuevo una garantía, en este caso de orden ante el despotismo. Entre sometimiento y dominio, la tensión entre la capacidad de hacer cumplir la voluntad sobre otros, entendida como *arché*, y la libertad (*eleuthería*) deseada por los otros de no seguir si no la suya propia resulta en la resistencia a la centralización y se libera a través de las revueltas. A continuación, se expone un estudio de sus causas a partir de los primeros eventos que sucedieron a la creación de la Liga.

¹⁵ Su primera aparición en las fuentes literarias se encuentra en la obra *Antígona* de Sófocles en 441 a. C.

¹⁶ Raafalaub, K. (2009), “Empire Statuses and Realities”, en J. Ma, & N. P. Papazarkdas, *Interpreting the Athenian Empire* (págs. 125-148), Londres: Bristol Classical Press.

A la salida de las guerras médicas las instituciones democráticas reformadas por Clístenes se encontraban bajo control del Areópago¹⁷, cuya autoridad aparece representada en Cimón, hijo de Milcíades, quien dirigirá las campañas de los años siguientes. Estos años coinciden con el inicio de la Pentecontecia¹⁸ cuando las directrices generales de la política ateniense se centran en asegurar la ruta de abastecimiento de grano y en consolidar su propia *hegemonia*, mientras el motivo declarado¹⁹ de la formación correspondía a la prosecución de la guerra contra los persas.

Los primeros asentamientos (*emporía*) atenienses después de las guerras médicas fueron Eyón y Esciros bajo derecho de conquista, luego Caristo y Naxos. Si bien los dos primeros podían presentarse en armonía con los objetivos de la Liga, aunque también servían a los intereses de la potencia como importantes enclaves de comercio al encontrarse en la ruta de cabotaje al norte del Egeo, por otra parte, la coerción de Caristo y la defección de Naxos suponen una iniciativa que beneficiaba fundamentalmente a Atenas. Ostwald (1982, p. 37) incluye a Naxos entre “aquellos aliados que perdieron su independencia como resultado de la resistencia o la oposición armada a Atenas”. Para este último, la sublevación en Naxos no supone tanto una ruptura de las condiciones originales de la Liga, sino la constatación de “un cambio en el estatus que no estaba previsto en 477”. La misma idea de que esta situación pudiera repetirse en el futuro se va introduciendo en la conciencia de las gentes dando origen al concepto *αὐτονομία* que pasará a definir un tipo específico de sometimiento. En definitiva, la relación entre la capacidad de hacer cumplir la voluntad sobre otros, entendida como *arché*, y la libertad (*eleuthería*) deseada por los otros de no seguir sino

¹⁷ “Diecisiete años, aproximadamente, después de las Guerras Médicas, duró el gobierno bajo la dirección de los del Areópago, aunque su influencia decaía poco a poco.” (Arist., *Ath. Pol.* 25, 1).

¹⁸ La Pentecontecia es el periodo nombrado por un escoliasta de Tucídides que corresponde a los cincuenta años desde el fin de las guerras médicas hasta el desencadenamiento de conflicto armado entre Atenas y Esparta conocido como la guerra del Peloponeso. Durante este periodo se producen una serie de transformaciones en el corazón de la Liga que pasa a manifestarse, ya sin ninguna duda, como *arché* (Meiggs, 1972).

¹⁹ La expresión como motivo declarado (*próschema*) de proseguir la guerra contra los persas da a entender uno o varios no declarados, para Tucídides probablemente un imperialismo latente. No parece que los aliados pudieran por aquel entonces sentirse amenazados por Atenas. Más allá de quien llevara la iniciativa en la creación de la Liga, lo cierto es que tanto el *hegemon* como los aliados podían albergar temor en caso de una nueva invasión persa y no existían motivos para dudar de Atenas. En cualquier caso, todos los aliados compartían intereses cuando se formó la alianza (Meiggs, 1972).

la suya propia, resulta en Naxos de la tensión entre “el derecho a exigir el cumplimiento de las aspiraciones o reglas de la liga y el derecho a la aceptación o rechazo autónomo de las condiciones de una asociación voluntaria” (Fornara y Samons, 1991).

Tucídides no especifica las causas en esta última, en Meiggs (1972) “esta seleccionando lo que en su perspectiva parece más importante para el entendimiento del desarrollo del poder de Atenas y podemos esperar que omita aquello con poca relevancia para el futuro”. Fornara y Samons (1991) consideran que las causas de la defección de Naxos son omitidas dada su irrelevancia respecto a los asuntos de la Liga al constituir una prueba del engrandecimiento de Atenas y, de la caracterización general de las revueltas que sigue (I 99), deducen que Naxos pertenecería al grupo de las ciudades reacias a seguir soportando las cargas de la Liga.

Entre las diversas causas de las sublevaciones, las más importantes eran la mala disposición para el tributo y la contribución de naves y, en ocasiones, la desertión, pues los atenienses eran exigentes y, al imponer su ley, resultaban molestos a gentes que ni estaban acostumbradas a las penalidades ni querían sufrirlas. En algunos otros aspectos los atenienses tampoco ejercían el mando a satisfacción de todos como antes; su participación en las expediciones no se realizaba en condiciones de igualdad con los aliados y les resultaba fácil reducir a los que intentaban sublevarse. Los culpables de esta situación fueron los propios aliados porque, debido a este retraimiento suyo de las obligaciones militares, la mayor parte de ellos, para no alejarse de su patria, se hicieron fijar una cantidad de dinero para aportarlo en lugar de las naves como contribución equivalente; y así la flota de los atenienses crecía a costa del dinero con el que contribuían los aliados, mientras que éstos, cuando se sublevaban, entraban en guerra sin preparativos militares y sin experiencia. (Th., I 99)

Tucídides distingue a aquellos aliados que no deseaban seguir contribuyendo militarmente, cuyo desapego favorecerá su integración en el imperio ateniense y la pérdida de su *autonomia*, inclinando la balanza en favor del *hegemon*, frente a aquellos otros que se le opusieron. En cambio, de Ste. Croix (1954, p. 17) niega esta división “la única razón válida para distinguir los aliados navales del resto es que los primeros proveían contingentes y los otros tributos”, en su análisis de las revueltas encuentra a las oligarquías hostiles en casi todos los casos, mientras el demos se mantiene leal: “ahí donde poseemos información de las circunstancias de una revuelta, encontramos buenas

razones para atribuirla a oligarcas o tiranos quienes podrían esperar apoyo de Persia si la situación de la ciudad lo permitía” (de Ste. Croix, 1954, p. 10).

Descripción de las revueltas.

En este apartado se sigue una narración expositiva de los acontecimientos más destacados que se produjeron en los veinte años finales de la Pentecontecia, cuando se dispone de documentación epigráfica. El objetivo es contextualizar y estudiar cómo se comportaba Atenas cuando intervenía en las revueltas atendiendo a la presencia de los instrumentos del imperio y a las reivindicaciones de *autonomia*.

Meiggs (1972) en *The Athenian Empire*²⁰ estudia las consecuencias del final de la aventura de Egipto que se produjo en 454 cuando el rey persa Artajerjes armando un gran ejército para invadir el territorio obligó a Atenas a capitular en Prosopitis. Para Meiggs “después del desastre egipcio Atenas concentró sus recursos en la Liga” produciéndose entonces el traslado del tesoro de Delos a Atenas y anotando los primeros registros de la *aparché*, las primicias²¹ entregadas a la diosa Atenea Polias. De estas listas se deduce que casi todos los miembros, excepto Quíos, Lesbos y Samos²², contribuían en *phoros*, bien sea porque ya lo hacían antes o porque pasaron de aportar naves a contribuir de esta manera, voluntariamente o por imposición de Atenas. Por el mismo tiempo, el Consejo y la Asamblea atenienses pasaron a arbitrar los asuntos de la Liga, fenómeno que se conoce como solipsismo democrático, tanto a partir de decretos que afectaban a todo su conjunto como otros concernientes a las ciudades o medidas específicas en su aplicación. El descontento que estas medidas debieron de producir en los aliados pudo inducir a las islas del Egeo a negarse a pagar el tributo, dada su ausencia en la lista de cuotas en los años finales de la década de los cincuenta. En este mismo contexto, se extienden las defecciones de Eritras, Mileto y Colofón en Jonia

²⁰ Meiggs en *The Athenian Empire* (1972) se sirvió del trabajo de los epigrafistas norteamericanos B. D. Merritt, y H. T. Wade-Gery y el historiador británico M. F. McGregor para elaborar una narrativa que aún sigue vigente. Su trabajo apareció publicado en *The Athenian Tribute Lists* (1939-1953) donde sus autores recopilaron e interpretaron los fragmentos de la lista de cuotas, así como otras inscripciones relacionadas con el imperio.

²¹ 1/60 de lo que aportaba cada ciudad.

²² También aparece así en la *Constitución de los Atenienses* de pseudo-Aristóteles: “Convencidos de esto, tomaron el poder y trataban a los aliados de manera más despótica, excepto a los de Quíos, de Lesbos y de Samos: a éstos los consideraban guardianes de su imperio, y les permitían su propio gobierno y mandar sobre los que eran ya sus súbditos (Arist., *Ath. Pol.* 24, 2).

donde existían facciones favorables a los medos. A continuación, se exponen con mayor detalle las dos primeras:

A la supresión de la revuelta de Eritras en 452 se instituyó un gobierno democrático supervisado por los *episkopoi* y el *phrourarchoi* quienes debían supervisar la formación de la primera Boulé, de Ste. Croix (1972) considera que, en general, la intervención ateniense fue bien recibida por la mayoría y que la guarnición enviada cumplía el propósito de instruirla y defenderla de un posible retorno a la aristocracia. En el decreto impuesto a la ciudad tras su rendición las formas democráticas se muestran atenuadas respecto a las instituciones propias de Atenas: el número de miembros de la Boulé es menor, y estos pueden ser reelegidos en cuatro años, lo que Roger Brock (2009, p. 161) entiende como una democracia hecha a medida, además en su juramento quedaban obligados a respetar la “autoridad de la Boulé y demos de Atenas”.

La intervención en los procesos de lucha civil con la intención de lograr gobiernos afines aparece constantemente en Tucídides donde la rivalidad de Atenas con Esparta se expresa también en el apoyo a los gobiernos democráticos y oligárquicos respectivamente. La *Constitución de los Atenienses* de pseudo-Jenofonte se expresa en este sentido:

En efecto, en ninguna ciudad la clase privilegiada simpatiza con el pueblo, sino que la clase más baja es la que simpatiza con él en cada ciudad, pues las personas simpatizan con sus semejantes. Por eso, a fin de cuentas, los atenienses eligen lo que tiene que ver con ellos. Y las veces que decidieron elegir a las personas privilegiadas no les resultó bien, sino que, por el contrario, al poco tiempo, el pueblo de Beocia fue esclavizado. Y lo mismo ocurrió también cuando eligieron a las personas privilegiadas en Mileto ([X] *Ath. Pol.* III 10-11)

La manifestación de la *arché* a partir de los instrumentos del imperio, así como la pérdida de *autonomia*, influyen en la división política de las ciudades y la tendencia lleva a los bandos que en ellas se encuentran a disponerse a favor o en contra del imperio. El tradicional enfrentamiento entre oligarquía y democracia es el más característico ya que se ha venido asociando a las divergencias entre el gobierno de los pocos y de la mayoría, el cual se manifiesta definitivamente en el apoyo dado a Atenas o Esparta durante la guerra del Peloponeso. Pero, Aristóteles en la *Política* nos advierte que en el mundo griego no es el número lo que realmente los diferencia, sino el criterio de gobierno: si se gobierna en virtud de la riqueza se trata de una oligarquía, en cambio

si se siguen los intereses de los libres (y pobres) que son mayoría encontramos una democracia²³. Además, la mayoría bajo un gobierno oligárquico no se mostraba siempre insatisfecha y dispuesta a derribar la oligarquía, si no se ejercían violencia o injusticias contra ella (de Ste. Croix, 1954, p. 22-24) e incluso en las ciudades donde existía un gobierno democrático los líderes del demos surgirían de entre los *aristoi* (de Ste. Croix, 1954, p. 26).

Respecto a la cuestión de si el imperio ateniense promovía realmente el establecimiento de gobiernos democráticos en las ciudades del imperio, Roger Brock (2009)²⁴ a partir de las únicas intervenciones democráticas constatadas en Eritras, Mileto y Samos establece el mayor número de regímenes no democráticos tolerados, incluyendo oligarquías, pero también tiranos y dinastas, así como la existencia de democracias rivales. En conclusión, Atenas interviene sobre el territorio en función de sus propias capacidades buscando seguridad y beneficio, en vez de llevar a cabo una defensa a cualquier coste de su propia ideología.

En el caso de Mileto se produjo la intervención ateniense entre 452/1. Si el decreto de Molpoi se aplicó como consecuencia²⁵ nos hallaríamos ante una de las primeras evidencias de la superposición de la jurisdicción ateniense sobre la local. Entre las condiciones impuestas se procuraron cinco oficiales atenienses con competencias judiciales (*epimenioi*) y se estipuló el envío de hoplitas en caso de necesidad. Además, todo parece indicar que los procesos judiciales relacionados con el servicio militar debían ser enviados a Atenas.

De nuevo de Ste. Croix (1954, p. 38-39) entiende que la existencia de una jurisdicción imperial²⁶, servía en defensa del demos frente la aristocracia cuya idiosincrasia quedaría reflejada en el «panfleto» del Viejo Oligarca:

Parece que el pueblo ateniense también actúa mal en la siguiente cuestión: obligar a los aliados a venir por mar a Atenas para los asuntos judiciales, si bien ellos piensan, por el contrario, en todas

²³ Por otra parte, en la actualidad la democracia hace referencia más al tipo de gobierno que a la dirección en que este se exprese. (de Ste. Croix, 1954, p. 23)

²⁴ Brock, R. (2009), "Did the Athenian Empire Promote Democracy?", en J. Ma, & N. P. Papazarkdas, *Interpreting the Athenian Empire* (págs. 149-166), Londres: Bristol Classical Press.

²⁵ Una cronología alternativa en 426/5 corresponde a Mattingly.

²⁶ La existencia de una jurisdicción imperial está actualmente debatida. Casi seguro no la hubo, al menos de ámbito general.

las ventajas que obtiene el pueblo con tal proceder. Primero, cobran el sueldo durante el año de los bienes depositados en el pritaneo; luego, sentados en sus casas, sin mover las naves, gobiernan los estados aliados y apoyan a los del pueblo y arruinan a sus adversarios en los tribunales. Mas si cada uno celebrase los juicios en su patria, como están dolidos con los atenienses, arruinarían precisamente a aquellos de entre ellos mismos que fueran más amigos del pueblo ateniense... Aparte de esto, si los aliados no fueran a Atenas con motivo de las causas judiciales, únicamente honrarían a los atenienses que se hacen a la mar: estrategos, trierarcos y embajadores. Ahora, por el contrario, cada aliado, individualmente, se ve obligado a adular al pueblo ateniense porque sabe que debe acudir a Atenas y no sufrir o exigir justicia ante nadie más que ante el pueblo, quien, evidentemente, es la ley en Atenas. También tiene que encontrarse, necesariamente, con él en los tribunales y estrechar la mano del primero que entre. Por eso, en fin, los aliados se vuelven progresivamente esclavos del pueblo ateniense. ([X] *Ath. Pol.* I 16-18)

En su deriva a los medos, tanto Eritras como Mileto recibirán sendas guarniciones que se mantendrán después de la Paz de Calias. Las guarniciones mandadas por el *phrourarchos*, junto al poder de la flota servían en defensa de la ciudad tanto como a los intereses privados de Atenas, asegurando el nombramiento de una Boulé afín y evitando que el control retornara a los oligarcas. A este respecto actúan también los *episkopoi*, que actuarán como comisionados en las ciudades “enviados a investigar, informar, y, si es necesario, intervenir”. Después de los años cincuenta, encontramos sobre todo referencias a los arcontes, oficiales del imperio en las *polis*, mientras que desaparece la figura de los *phrourarchoi* que probablemente acumulaba demasiadas connotaciones negativas (Meiggs, 1972).

Volviendo al curso de los acontecimientos y siguiendo de nuevo la política de concentración en los asuntos de la Liga, Atenas llamó de vuelta a Cimón, quien había anteriormente enviado al ostracismo, para negociar una tregua de cinco años con Esparta, ratificada finalmente en 451, y se le encomendó la dirección de la campaña de Chipre del mismo año, en la cual perecerá. Eso supondrá el fin de las hostilidades con los medos y quizás su establecimiento formal en la Paz de Calias (c. 449). A partir entonces, la «alianza», se convierte en «las ciudades que Atenas controla» (Meiggs, 1972, p. 152). A la muerte de Cimón, Pericles se puso al frente de la política de Atenas. De su reputación, inteligencia y capacidad política nos da cuenta el mismo Tucídides.

En efecto, durante todo el tiempo que estuvo al frente de la ciudad en época de paz, la gobernó con moderación y veló por ella con seguridad, y durante su mandato Atenas llegó a ser la ciudad más poderosa. (Th., II 65, 5)

Pericles como *prostates tou demou* extendía su influencia en las decisiones tomadas por el Consejo y la Asamblea, instituciones que a mediados de siglo pasarán a ocuparse también de los asuntos de la Liga, y las ejecutaba en su cargo como *strategós* (Sancho, 2011, p. 235). El único límite que las fuentes antiguas ponen a su poder una vez eliminados sus oponentes políticos es su propio carácter incorruptible.

Por aquel entonces, se produjo la derrota en Coronea (447) que supuso la retirada de Atenas de Grecia Central a la cual seguirá en 446 una rebelión en Eubea. La intervención liderada por Pericles en la isla es interrumpida por el estallido de una rebelión de Megara apoyada por el rey espartano Plistoanacte quien invade el Ática, aunque su avance es detenido gracias a las negociaciones de Pericles que culminan en la Paz de los Treinta Años, ratificada a comienzos del año siguiente. Atenas deberá entregar sus posesiones en el Peloponeso y la posesión de Egina queda supeditada a la garantía de su *autonomía*.

“Entonces los atenienses pasaron de nuevo a Eubea, bajo el mando de Pericles, y la sometieron totalmente; en virtud de un acuerdo organizaron según sus intereses toda la isla a excepción de Hestiea; a los hestieos los desalojaron y ellos mismos ocuparon su territorio (Th. I 114, 3). Las condiciones que se impusieron en la isla nos dan la medida de la intervención ateniense, en el caso de Calcis se conserva el decreto impuesto al fin del estado de guerra. En este se establece el juramento de la ciudad de rendir obediencia al demos de Atenas y el compromiso a enviar contingentes hoplitas si así era requerido. Respecto al pago del tributo, se estableció una cláusula por la cual Calcis se comprometía a pagar tanto tributo como fuera capaz de convencer a los atenienses, Meiggs (1972) lo pone en relación con el «decreto de asignación» por el cual los *helenotamías* atenienses establecían el *phoros* para cada ciudad y los aliados, si no lo consideraban justo, podían apelar a juicio.

En respuesta, los calcideos decidieron enviar una embajada a la *Ekklesía* ateniense para negociar la entrega de rehenes, el derecho a tasar a los extranjeros y la independencia de sus propios tribunales, aunque Atenas no hizo apenas concesiones. Respecto a este último punto, Atenas estableció que los casos relacionados con el exilio, muerte o pérdida de derechos debían ser remitidos a Atenas para ser juzgados por el

tribunal de la Heleia presidido por el *thesmothetai*, y se daba libertad a los oficiales atenienses para asegurar los intereses de su polis. También se establecieron sacrificios religiosos. En Eritrea se establecieron medidas similares y, según refiere Tucídides, las medidas más fuertes se tomaron en Hestiea donde los atenienses expulsaron a sus habitantes ocupando su tierra.

Posteriormente, en 439, se produjo en Jonia la guerra entre samios y milesios a raíz de una disputa de tierras, lo que dio lugar a la intervención de Atenas en la isla. Pericles navegó con cuarenta naves, parece que impuso un gobierno democrático²⁷ y tomó rehenes. Entonces, los aristócratas desplazados del gobierno con el apoyo de Bizancio y del sátrapa de Sardis recuperaron el control de la isla hasta que Atenas impuso un bloqueo y fueron finalmente derrotados. Entonces, se impusieron las siguientes condiciones: el derribo de la muralla, la rendición de la tropa, la entrega de rehenes y el pago de los gastos de la guerra.

Así pues, en el estudio de las revueltas se encuentra la relación definida por Ostwald (1982) entre la intervención armada y la pérdida de *autonomía*, mientras Atenas extiende su dominio a través de los instrumentos del imperio sobre los asuntos particulares de las ciudades que negocian su grado de independencia directamente con la polis. Como hemos visto, de Ste. Croix (1954) analiza los intereses de las polis en términos de autonomía y libertad, para defender que el demos en las ciudades era favorable a Atenas y en muchas ocasiones se ponía de su parte frente a la aristocracia, refutando la acusación de una *arché* tirana, odiada y cruel. Así pues, él interpreta que el demos se mostraba dispuesto a recibir la asistencia de Atenas, tanto en los procesos judiciales como en los conflictos civiles donde se mostraba leal a la potencia, de tal manera que la mayoría en las ciudades prefería la subordinación a Atenas antes que la opresión recibida por la clase dominante (de Ste. Croix, 1954, p. 38).

IV. La popularidad del imperio en la guerra del Peloponeso.

El último punto en la caracterización del imperio ateniense corresponde al periodo en el que se desata el conflicto armado entre Atenas y Esparta. A partir de las divisiones existentes entre la potencia y los aliados de la Liga y el antagonismo entre las

²⁷ Así lo refiere Tucídides (I 115), aunque el mismo reporta (VIII 21) un alzamiento del demos en 411. Si no se produjo un golpe oligárquico entre ambas fechas, de lo que no existen evidencias, podría significar que Atenas no instauró la democracia (Brock, 2009, p. 154).

oligarquías y la masa ciudadana, la popularidad y las formas de representación que constituyen el gobierno en las ciudades se polarizan en torno a la democracia de Atenas, cuyo dominio es reconocido como tirano, y la oligarquía de Esparta, que abanderó la libertad de los griegos.

Tucídides nos presenta los *aitiai* de la guerra del Peloponeso²⁸ como aquellos eventos que finalmente desencadenaron el conflicto: la guerra entre Corinto y Corcira entre 435 y 433, y el sitio de Potidea en 432. En contraste, “la causa más verdadera (*alethestáte prôphasis*), aunque la que menos se manifiesta en las declaraciones, pienso que la constituye el hecho de que los atenienses al hacerse poderosos e inspirar miedo a los lacedemonios les obligaron a luchar” (I 23, 6).

La rivalidad entre Atenas y Esparta venía arrastrándose durante todo el siglo V a. C. A propósito de la *stasis* Corcira en el cuarto año de guerra, Tucídides (III 69-85) relata la confusión y el pánico que se apoderaron de la ciudad cuando el demos avistó las velas atenienses tras embarcarse en previsión de un ataque peloponesio, habiendo llegado incluso a un principio de reconciliación con los aristócratas:

...dieron orden a las naves que habían equipado de pasar al puerto de Hilaico y, mientras se efectuaba este traslado, mataron a todos los enemigos que cayeron en sus manos; también exterminaron, haciéndolos bajar de las naves, a todos aquellos a quienes habían persuadido a embarcarse; se presentaron luego en el templo de Hera, donde persuadieron a unos cincuenta suplicantes a someterse a un proceso y los condenaron a todos a muerte (...) el cargo que les imputaban era de querer derrocar la democracia, pero también hubo quienes murieron víctimas de enemistades particulares, y otros, a causa del dinero que se les debía, perecieron a manos de sus deudores. La muerte se presentó en todas sus formas y, como suele ocurrir en tales circunstancias, no hubo exceso que no se cometiera y se llegó más allá todavía. Los padres mataron a sus hijos, los suplicantes fueron arrancados de los templos y asesinados en sus inmediaciones, e incluso hubo algunos que fueron emparedados en el templo de Dioniso y murieron allí. (Th., III 81)

²⁸ La guerra del Peloponeso abarca tres periodos bélicos: Guerra Arquidámica (431-421), Guerra de Sicilia (415-413) y Guerra de Jonia (413-404).

Durante la guerra del Peloponeso, Tucídides eleva a norma general el estado de guerra civil en las ciudades que expresaría el violento antagonismo entre los *aristoi* y el demos, pero aún se llegó más lejos:

A tales extremos de crueldad llegó la guerra civil, y pareció más cruel todavía porque fue una de las primeras; pues más tarde todo el mundo griego, por así decir, fue presa de la agitación, y por doquier las discordias civiles oponían a los jefes del partido popular, que querían llamar en su auxilio a los atenienses, y a los oligarcas, partidarios de los lacedemonios. En tiempos de paz no hubieran encontrado pretexto ni se hubieran atrevido a solicitar su apoyo, pero, al estar en guerra y existir una alianza a disposición de ambas partes, tanto para quebranto de los contrarios como, a la vez, para beneficio propio, fácilmente se conseguía el envío de tropas en auxilio de aquellos que querían efectuar un cambio político. Muchas calamidades se abatieron sobre las ciudades con motivos de las luchas civiles que ocurren y que siempre ocurrirán mientras la naturaleza humana sea la misma, (...) Cambiaron incluso el significado normal de las palabras en relación con los hechos, para adecuarlas a su interpretación de los mismos... (III 82)

A partir de la manifiesta división entre los bandos oligárquico y democrático se produce, como resultado de la guerra del Peloponeso, la conveniencia de su apoyo militar a Esparta y Atenas respectivamente. Y “la simpatía de las gentes se inclinaba mucho más por los lacedemonios, sobre todo porque proclamaban su intención de liberrar Grecia. Cada particular y cada ciudad ponían todo su empeño si podían colaborar con ellos tanto de palabra como de obra; y cada uno creía que las cosas no marcharían allí donde él no estuviera presente. Tal era la irritación que la mayoría sentían contra los atenienses, unos porque querían librarse de su dominio y otros porque temían ser dominados” (I 8, 4-5). Además, cuando en 413 se extendieron las noticias del desastre de Sicilia los atenienses “creían que sus enemigos de Sicilia iban a zarpar de inmediato con su flota contra el Píreo, sobre todo después de aquella victoria tan importante, y que entonces sus enemigos de Grecia, con todos sus efectivos doblados, ya iban a acosarlos con toda decisión tanto por tierra como por mar, y que con ellos marcharían sus propios aliados, que habrían hecho defección” (VIII 2, 2-4). Así pues, de acuerdo con Tucídides los atenienses eran conscientes de ser impopulares.

Por otra parte, en su defensa del demos de Ste. Croix (1954) nos muestra la actuación ejemplar del demos en contextos de *stasis*, mientras que son los pocos quienes más dispuestos están a rebelarse al Imperio. Del mismo modo que durante los años

anteriores, algunos de los episodios más conocidos narrados durante la guerra por Tucídides acontecen en relación con las revueltas que son narradas.

En 428/7 se producirá la rebelión de la isla Lesbos liderada por Mitilene. Tucídides reproduce el discurso pronunciado por los mitilenos en Olimpia buscando el apoyo de los lacedemonios, mientras los atenienses recaudaban dinero entre sus propios ciudadanos en una *eisphora* para hacer frente a la revuelta. Bajo asedio y ante el retraso de la ayuda espartana prometida, el gobierno de Mitilene tuvo que entregar la ciudad al ser presionado por el propio *demos* de la ciudad que había recibido armas para romper el sitio. En el discurso de Mitilene (III 36-50), Diodoto responde a Cleón, quien sigue la línea argumentativa antes expresada por Pericles en su discurso afirmando una *arché* tirana y odiada (III 37, 1-2), en defensa del pueblo mitileno de la siguiente forma: «Actualmente el pueblo os es favorable en todas las ciudades, y o no participa en las rebeliones de los aristócratas o, si se ve forzado a ello, al punto se convierte en enemigo de los rebeldes, y vosotros entráis en guerra contando con la alianza de las masas populares de la ciudad que se os ha enfrentado (III 47, 2). Respecto a las condiciones impuestas a su rendición:

... no impusieron tributo a los lesbios, sino que dividiendo su territorio, excepto Metimna, en tres mil lotes, reservaron trescientos para los dioses, declarándolos sagrados, y enviaron a los demás, mediante sorteo, colonos atenienses; y los lesbios cultivaban la tierra, comprometiéndose a entregar anualmente dos minas por cada lote. Los atenienses se apoderaron además de las ciudades del continente que dominaban los mitilenios, y en adelante éstas fueron vasallas de Atenas. Tales fueron los sucesos de Lesbos. (Th., III 50)

El establecimiento de clerurquías atenienses en el imperio se trata de una medida interesante. Los instrumentos del imperio pretendían extender el control de Atenas sobre el territorio, mientras las clerurquías suponen su misma adquisición en propiedad por parte del estado. Plutarco nos presenta una lista de las clerurquías atenienses establecidas a mediados del siglo V a. C., de manera que los lotes serían entregados a las clases más bajas implicando un aumento de su estatus social con una función similar a las guarniciones: mantener el control del territorio y vigilar el desarrollo de la política local, para lo cual podrían haber recibido incluso equipamiento hoplita. De este modo, los clerurcos mantenían la ciudadanía y seguían participando en el servicio militar e imposición fiscal. Meiggs (1972) relaciona la reducción del pago del tributo en algunas

ciudades con el establecimiento de clerurquías como en Andros, Naxos, Caristos y el Quersoneso Tracio, aunque en otros casos implicaba la expulsión de sus gentes como en Histiea de Eubea, e incluso su exterminio como en Melos. Una medida intermedia comprende la expropiación de la tierra que pasaba a ser arrendada como sucedió en el caso citado de Lesbos.

A partir del decreto de Aristóteles del 377 que supone una reformulación en negativo de las bases de la Liga y recientes hallazgos arqueológicos, Moreno (2009)²⁹ entiende que las clerurquías ligadas a la posesión de los lotes de tierras (*kleros*) se entregaban a los individuos privados bajo la promesa del cumplimiento de la imposición fiscal y el servicio militar manteniendo el estado algunos derechos como garantía, así pues, la visión de Plutarco sería un anacronismo al retrotraer las características del *ager publicus* romano a la *klerouquía*. Los clerurcos se escogían entre los *pentakosiomedimnos* que residían en Atenas quienes arrendaban las tierras lo que suponía una fuente de riqueza tanto para ellos como indirectamente para el propio estado, los cuales serían los principales beneficiarios³⁰.

Esta idea se repite en otros contextos. De Ste. Croix (1972, p. 38), siguiendo una declaración del discurso de Frínico de 411 que reproduce Tucídides, entiende “que la mayoría de los incentivos del imperio recaían en las clases altas de Atenas; y que el demos ateniense era más justo y piadoso con los aliados que sus «mejores»”:

En fin, en cuanto a las ciudades aliadas, a las que ciertamente habían prometido la oligarquía, dado que tampoco ellos iban a estar en una democracia, sabía muy bien —dijo— que por aquella razón no estarían más inclinadas a pasarse a ellos las que habían hecho defección ni serían más leales las que les quedaban, pues estas ciudades no querían ser esclavas ni en un régimen oligárquico ni en uno democrático, sino que preferían ser libres sin importarles cuál de los dos regímenes podía tocarles en suerte; y respecto a la llamada gente distinguida, las ciudades aliadas no creían que les fuera a causar menos problemas que el pueblo, puesto que era la

²⁹ Moreno, A. (2009), “«The Attic Neighbour»: The Cleruchy in the Athenian Empire”, en J. Ma, & N. P. Papazarkdas, *Interpreting the Athenian Empire* (págs. 211-231), Londres: Bristol Classical Press.

³⁰ Un balance propuesto del beneficio que Atenas pudo obtener del establecimiento de las clerurquías en el siglo V a.C. muestra unas cifras extraordinarias de al menos 1300 talentos anuales y la total independencia en el abastecimiento de trigo. En comparación, el pago del tributo suponía unos ingresos mucho menores. (Moreno, 2009, p. 214)

responsable y la instigadora de las malas decisiones tomadas por el pueblo, de las que ella misma era la principal beneficiaria; con el gobierno en sus manos, todo serían muertes violentas y sin juicio, mientras que un régimen democrático constituía un refugio para los aliados y un freno para aquella gente. Las ciudades tenían clara conciencia de ello por propia experiencia, y Frínico dijo que sabía perfectamente que pensaban de esta manera. Tal era, pues, la razón por la que no eran en absoluto de su agrado las propuestas de Alcibiades y las maquinaciones que entonces se estaban fraguando (Th., VIII 48, 5-6)

Así pues, los oligarcas no inspirarían confianza porque se identificaban como aquellos que comenzaban la opresión en las ciudades, pero como destaca Brandeen (1960, p. 268), antes, en el mismo discurso, también se expresa la idea de que sobre cualquier tipo de gobierno vasallo se imponía el deseo de libertad.

En Morris (2005) el imperio ateniense reproduce a gran escala el modelo económico que surge con los procesos de sinecismo de aldeas en el siglo VIII a. C. De esta manera, “Atenas se convertía en la capital de un estado territorial y en el hogar de una elite gobernante interesada en la extracción de tasas, el mantenimiento de la paz y su propia protección” y las comunidades sometidas se hallaban separadas de ella actuando como aldeas productoras primarias.

Un último episodio de gran importancia en la caracterización del imperio se encuentra en la intervención ateniense en Melos, acerca del cual “Tucídides da un gran énfasis (...); alcanza el clímax en el dialogo que no tiene técnicamente paralelo en el resto de su historia”, de esta manera, en sus líneas, Atenas es “culpable de una agresión no provocada frente a un estado indefenso que se declaraba neutral” (Meiggs, 1972, p. 386). Pero, la isla de Melos al sur del Egeo ya había rechazado una expedición ateniense en 426, además, a partir del hallazgo de una inscripción cerca de Esparta, se conocen dos donaciones enviadas en apoyo de los lacedemonios lo que supone una adecuada explicación para el envío de fuerzas que lograría su rendición en 416, tras la cual los hombres serían asesinados y las mujeres y niños vendidos como esclavos. De Ste. Croix (1954, 12-14) considera el trato dado a Melos como una excepción y no concibe que el demos actuara con crueldad, más aún si se entienden las leyes generales de la guerra en

la antigua Grecia³¹ y se tienen en cuenta las acciones tomadas por otros estados griegos como la referida por Tucídides de los espartanos de “matar y arrojar a barrancos a los comerciantes de Atenas y de sus aliados que habían capturado a bordo cuando sus cargueros costeaban el Peloponeso” (II 67, 5).

V. En conclusión.

En resultado, se ha realizado un recorrido del periodo que corresponde al imperio ateniense intentando determinar tanto las características que lo definen como su popularidad. De esta manera, en las fuentes se encuentran diferentes posturas que surgen habitualmente a partir de las tensiones expresadas en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* de Tucídides, aunque también se atiende a otras obras y a la documentación epigráfica.

La aristocracia y el demos en las ciudades aparecen como los actores políticos más importantes, sobre todo a raíz de la guerra del Peloponeso, de manera que cuando de Ste. Croix analice el periodo utilizando el lenguaje marxista encontrará la lealtad y justicia del demos frente a la crueldad insaciable de la aristocracia, de la cual no expresa virtud alguna. Para el mismo autor, la mayoría va de la mano de la democracia y el imperio le debe más su ideología que a las acciones de los Pocos que lo lideran. Así caracterizado, el imperialismo ateniense presenta un mayor número de virtudes que de abusos y, por tanto, se mostraba popular entre el demos de las ciudades, aunque no entre los *aristoi* que perdían progresivamente su *autonomia* en las ciudades. La postura opuesta es defendida por Brandeen entre otros, según la cual los aliados se enfrentarían al *hegemon* siempre que viesan la oportunidad de recuperar así su libertad política.

A este respecto, H. W. Pleket en su artículo *Thasos and the Popularity of the Athenian Empire* (1963) realiza un estudio de las relaciones de la isla de Tasos con Atenas durante el imperio atendiendo a ambas posturas acerca de la popularidad del imperio. La revuelta de Tasos en 465 es una de las primeras que se producen en el imperio y sus causas se hayan estrechamente relacionadas con los intereses económicos de Atenas. Las condiciones que le son impuestas a la isla cuando es derrotada suponen la rendición de la flota y el pago de tributo, además, dada la existencia en los años

³¹ Tanenhaus, D. (2008), “Law, War, and History: A Special Issue”, *Law and History Review*, 26(3), Vii-Xii. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/27641603>, p. 2. La ley de la guerra se fundamentaba en la religión y el honor, sin importar tanto consideraciones como la misericordia o la seguridad de los civiles.

siguientes de un gobierno democrático, es posible que se favoreciera esta forma de gobierno que se mantuvo hasta 411 cuando en Atenas se produce finalmente el golpe oligárquico.

En la preparación del golpe, los aristócratas en Atenas esperaban lograr el apoyo de Tasos si favorecían la caída de las instituciones democráticas en la isla, es entonces cuando Frínico les advierte de la manera que reproduce Tucídides (VIII 48, 5-6) declarando la preminencia de la libertad de las polis frente a cualquier tipo de gobierno que se halle bajo control de una potencia. Pero también encontramos otra declaración en sentido contrario en el discurso de Brasidas quien se encuentra al mando de un cuerpo expedicionario lacedemonio en Tracia entre 424 y 422 a. C.³². El rey espartano responde de la siguiente manera a los temores de los habitantes de la región: afirma que no sería aceptable que aquellas ciudades bajo control espartano cambiasen su gobierno. Así que de nuevo encontramos dos posturas enfrentadas que son empleadas como argumentos retóricos según el contexto y los intereses de cada personaje que los enuncia.

De cualquier forma, cuando ya se ha restablecido la aristocracia en Tasos apenas transcurren dos meses antes de que los aristócratas en el gobierno de la ciudad se alíen con Esparta, en el relato de Tucídides obtienen así su propia libertad. En consecuencia, las propiedades de los que habían participado del gobierno democrático fueron confiscadas y tuvieron que marcharse al exilio, de la misma manera que había ocurrido con el primer cambio de gobierno cuando la ciudad se rindió en 463. También fueron perseguidos, lo cual queda atestiguado al encontrar decretos de la propia ciudad que alentaban a denunciar actos de traición del bando democrático. Pleket (1963, p. 75-76) concluye en función del caso estudiado que no es preciso hablar de «unidad nacional», como refiere Tucídides, por la cual todos los ciudadanos desearan la libertad por encima de las divisiones políticas o sus propios intereses particulares. Así pues, al menos en el caso de Tasos se muestra la coherencia de la visión de Ste. Croix, pero, al tratarse este

³² Respecto a la expedición del rey espartano Brasidas en la región Tracia, Tucídides reproduce un discurso previo a la rendición de la ciudad de Acanto, en el cual el deseo de *autonomía* debió ser tan influente como el temor a que sus cosechas fueran arrasada. El historiador de la guerra del Peloponeso declara que las ciudades deseaban rebelarse esperando la llegada de Brasidas, en cambio, de Ste. Croix (1954) considera que este era tan solo el sentimiento de las clases propietarias, como atestiguan además las capturas de Sana, Dion, Torone y Mende donde la mayoría del *demos* “era favorable a Atenas, en circunstancias que no eran nada menos propicias”.

de un estudio local, no es incompatible con actuaciones en otro sentido en otros lugares del imperio.

Finalmente, ante la falta de evidencias suficientes para estudiar cada caso por separado, Pleket (1963, p. 77) concluye: “el historiador preocupado con el problema de la popularidad del imperio debe tomar su camino entre estos dos extremos” teniendo en cuenta que en la generalización se difuminan las cualidades específicas del objeto histórico, mientras que si de manera contraria se atiende a este con demasiada atención existe el peligro de caer en el nominalismo. Y, respecto a la visión de Tucídides, el mismo autor considera que en su obra se deja llevar por el deseo de que su propia actitud moderada se repitiese en las oligarquías de las ciudades, como en Tasos.

En mi opinión, las consideraciones finales de Plecket son apropiadas y prácticamente resuelven la cuestión, ya que delimitan el espacio, entre la generalización y la concreción, del que dispone el investigador que se acerque al estudio propuesto.

Bibliografía.

- Tucídides (1990). *Historia de la guerra del Peloponeso. Libros I-II*. (J. J. Torres Esbarranch, Trad.) Barcelona: Gredos.
- Tucídides (1990). *Historia de la guerra del Peloponeso. Libros III-IV*. (J. J. Torres Esbarranch, Trad.) Barcelona: Gredos.
- Tucídides (1990). *Historia de la guerra del Peloponeso. Libros V-VI*. (J. J. Torres Esbarranch, Trad.) Barcelona: Gredos.
- Tucídides (1990). *Historia de la guerra del Peloponeso. Libros VI-VIII*. (J. J. Torres Esbarranch, Trad.) Barcelona: Gredos.
- Jenofonte (1984). *Obras menores. La República de los Atenienses* (O. Guntiñas Tuñón, Trad.) España: Gredos.
- Aristóteles/ Pseudo Aristóteles (1995). *Constitución de los atenienses; Económicos*. Barcelona: Gredos.
- de Ste Croix, G. E. M. (1954). The Character of the Athenian Empire. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 3(1), 1-41.
- Bradeen, D. (1960). The Popularity of the Athenian Empire. *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, 9(3), 257-269. Recuperado en <http://www.jstor.org/stable/4434661>.
- Pleket, H. (1963). Thasos and the Popularity of the Athenian Empire. *Historia: Zeitschrift Für Alte Geschichte*, 12(1), 70-77. Retrieved from <http://www.jstor.org/stable/4434776>
- Meiggs, R. (1972). *The Athenian Empire*. Oxford: Oxford University Press.
- Ma, J., Papazarkdas, N., & Parker, R. (2009). *Interpreting the Athenian Empire*. Londres: Bristol Classical Press.
- Ostwald, M. (1982). *Autonomia: Its Genesis and Early History*. Estados Unidos: American Classical Studies 11.
- Morris, I. (2005), *The Athenian Empire (478-404 BC)*. Princeton/Stanford Working Papers in Classics Paper No. 120508. Recuperado en SSRN: <https://ssrn.com/abstract=1426850> o <http://dx.doi.org/10.2139/ssrn.1426850>

- Fornara, Charles W., and Loren J. Samons II (1991) *Athens from Cleisthenes to Pericles*. Berkeley: University of California Press. Recuperado en <http://ark.cdlib.org/ark:/13030/ft2p30058m/>
- Sancho Rocher, L. (2012). *Democracia e imperialismo marítimo. Atenas, siglos V–IV a.C. Fuentes y cuestiones*. Madrid, Liceus.